

Carta de Asís

Diciembre de 2012. Principio 2. Vida cotidiana: Hacia dentro humildad

Número 50

Para este mes de Diciembre, se nos sugiere reflexionar y orar con nuestra limitación. Desde el segundo principio de la red: mirarnos hacia adentro, se nos da la oportunidad de reconocer nuestra limitación como un acto de humildad, no siempre fácil de hacer.

Nuestra limitación.

Aunque nosotros celebremos la venida de Dios al mundo con grandes fiestas y celebraciones muchas veces vacías de contenido pero llenas de comidas, bebidas y regalos, se nos olvida que Dios se hace hombre, naciendo en un pesebre.

Dios se encarna en Jesús, se hace uno de nosotros desde lo pequeño, pobre y humilde.

Jesús vive toda la limitación humana porque quiere ser uno de nosotros, menos en el pecado, para salvar a la humanidad entera, para dar sentido a la limitación, al mal, al sinsentido del mundo.

¿Qué limitaciones te parece que tienes en este momento de tu vida? ¿Cómo reaccionas ante esas limitaciones?

¿Con desesperanza? ¿Alguna vez has querido “tirar la toalla”?

O ¿Has descubierto que desde la limitación es desde donde puedes hacerte pobre y entregarte a Dios?

La limitación de cada uno va cambiando a lo largo de la vida. Cuando somos jóvenes parece que nada nos pone freno hasta que nos encontramos con la realidad de los condicionantes físicos como la enfermedad, el cansancio..., o psicológicos, demasiado preocupados por el qué dirán, por querer cumplir expectativas de ideales que nos hemos creado, por miedo a ser juzgados, a no ser queridos....

Haz oración con tus limitaciones, entrégale a Jesús, en el pesebre, todas tus impotencias. Él irá cambiándolas por esperanza, alegría y paz de corazón.

“No temáis, pues os anuncio una gran alegría...”

Durante este mes, vamos a contemplar el nacimiento de Jesús, fijándonos en las personas que aparecen en el relato.

María, dio a luz un hijo. Ese niño como cualquier otro niño del mundo llora, tiene hambre o duerme, y su madre está ahí envolviéndolo en pañales y mirándole con la ter-

nura, el cariño y el amor que solo una madre puede hacerlo.

Ella que había escuchado en la Anunciación que su hijo iba a ocupar el trono de David, lo ve nacer en un pesebre. ¡Qué fe tan grande la suya para seguir confiando en el Señor!

Está Jesús, ese niño es la Palabra hecha carne. En ese niño, no solo habita Dios, sino que es Dios.

¿Qué sentimientos nacen en mí ante la contemplación de ese Niño?

Aparece el ángel anunciando la gloria de Dios a los pastores. Éstos adoran al niño y se asustan al encontrarse con esa gloria de Dios, con el Mesías, el Salvador, el Señor.

También hoy se nos dice lo mismo a nosotros, las mismas palabras: “*No tengáis miedo*”.

Acerquémonos al pesebre sin miedo, y sin decir nada adoremos al Señor.

“Envuelto por la luz de la gloria de Dios”

San Francisco descubrió en el Niño Jesús la grandeza de Dios. Y encontró el camino hacia Dios, en la pobreza y la pequeñez.

¿Vamos descubriendo que haciéndonos pequeños y humildes nos llenamos de la ternura y el amor de Dios?

Solo reconociéndonos en nuestra debilidad y nuestra fragilidad podremos contemplar el nacimiento de Jesús y descubrimos envueltos en la luz de la gloria de Dios que nos acompaña en nuestro peregrinar por este mundo.

Miremos a María, su madre que dijo Sí a lo que Dios le pedía y pidámosle que nos enseñe a acoger la voluntad del Padre con humildad y agradecimiento.

¡Que el llanto se haga luz!

Haz oración con el texto. Pide al Niño nacido en el pesebre que tu llanto, el llanto de tantas y tantas personas sufridas del mundo se haga luz, se llene de su Luz para ver el camino hacia Él, el Verbo hecho carne.